

Testimonio

El Imperio Romano de Occidente: algunos investigadores del siglo XX frente al problema de su desintegración [Conferencia dictada en la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes, 1977]*

*María Rosa Amaral de Lippolis***

Departamento de Historia Universal, Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad de Los Andes, Mérida-Venezuela

*Francisco Javier Moro Albacete****

[Estudio, análisis y presentación] Departamento de Historia Universal. Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad de Los Andes, Mérida-Venezuela

1. Presentación

En medio del característico caos archivístico que, en todo asunto no estrictamente administrativo, ha caracterizado siempre a los departamentos de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes (Mérida-Venezuela) —más antes que ahora—

* Concluido: 11-2015. Entregado: 07-2016. Aprobado: 10-2016.

** María Rosa Amaral de Lippolis (1918-1996) nació y falleció en Argentina. Obtuvo en 1942 el grado de Profesora de Historia y Geografía en la Universidad de La Plata, en cuyo Colegio Nacional fue profesora de Historia Antigua e Historia de la Edad Media, también ejerció como Ayudante Diplomada del Instituto de Historia Antigua Oriental y Clásica de esa Universidad. Realizó estudios de postgrado de Epigrafía Semítica, Antigüedades Itálicas y Etruscología en Italia. Arribó a Mérida (Venezuela) en 1959. En 1963 ingresó como Profesora de Historia Antigua Universal de la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes, a la cual representó (1971) ante el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico, formó parte del Consejo Editorial de la revista Humanidades y permaneció en ella hasta 1977, año en que regresó a su país natal. Su impulso en la creación del Departamento de Historia Universal (1968) y los estudios históricos sobre la antigüedad en la Escuela de Historia de la ULA

cuando se intenta extraer un *κόσμος* de dicho *Χάος* suelen surgir, entre muchas guías y separatas reproducidas en antiguas máquinas multicopistas de “stencil” (que ya apenas nadie sabe que existieron ni cómo operaban), “recuerdos de familia” largo tiempo extraviados, y de imprecisa ubicación en contexto alguno.

Tal es el caso de esta conferencia, dictada por una de las fundadoras del Departamento de Historia Universal de la Escuela de Historia, *María Rosa Amaral de Lippolis*, en quién sabe qué evento de hace ya cuarenta años, pues lo único claro es la fecha que aparece al final de la misma: *Mérida, 1977*, y que fue transcrita para uso de los estudiantes de Historia que luego serían profesores de esa institución universitaria venezolana. Sabemos que fue una conferencia, porque así lo dice antes del título; pero no dice nada más. En cualquier caso, la Profesora Amaral era muy dada a dar conferencias sobre la antigüedad clásica en diversos escenarios de una Mérida que trataba de ser una pequeña Atenas, en la Venezuela centralizada en Caracas de aquellos años, en simbiosis con la que era y es su alma y motor, la Universidad de Los Andes, misma que se jacta de ser “una universidad con una ciudad por dentro”...

En efecto, es posible encontrar, de aquellos tiempos, anuncios como el que se transcribe a continuación y también *aparecido* en las eventuales revisiones de cajas y carpetas de los denominados *archivos muertos* de las dependencias universitarias, en las que, buscando otras cosas, nos suele tocar participar:

que inspiraron la creación del Grupo de Investigaciones y Estudios sobre Historia Antigua y Medieval, motivaron a que los integrantes del Departamento de Historia Universal, el año de su fallecimiento, acordaran designar con su nombre el Salón de Reuniones del mismo. Semblanza elaborada con la información incluida en la contraportada del Boletín del Grupo de Investigaciones y Estudios sobre Historia Antigua y Medieval (GHIESAM). Año 5, Volumen V, Nos. 9 y 10 [Mérida, julio 2000], dedicado íntegramente a la edición de *La tiranía en la antigua Grecia. Su examen histórico*, que fue, en su momento un Trabajo de Ascenso presentada por la Profesora Amaral y editado por el GIESHAM en su homenaje.

*** Licenciado en Historia (U.L.A.: 1987). Magister Scientiae en Filosofía (U.L.A.: 1995). Master en Egiptología (Universidad Autónoma de Barcelona: 2004). Doctorando en Filosofía (U.L.A.) Profesor del Departamento de Historia Universal de la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes (Mérida).

Asociación de Médicos Jubilados. Hoy a partir de las 18 en la sede de calle 50 N° 528, la profesora María Rosa Amaral de Lippolis brindará una charla sobre Grecia.

...de alguna de estas actividades de extensión universitaria y de estas constantes muestras de amor por el mundo clásico y por la ciudad que la adoptó, salió sin duda este escrito.

Aparte de los aspectos emocionales y afectivos que tiene encontrar un texto inédito de una persona muy valorada e importante en la historia de la Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes, el mismo presenta, además del valor que pueda aportar el contenido en sí, otro informativo y añadido sobre los estudios históricos formales de la Antigüedad en esa Casa de Estudios que viene expresado, precisamente, por sus posibles carencias.

Hoy día, y cada vez más —*Deo gratia*— los límites a la obtención de información y a la circulación de las ideas se difuminan merced a la *World Wide Web* que data de 1990; pero en 1977 esto era *ciencia ficción*, ni siquiera había computadoras personales —y pensar que pudiera haberlas, también lo era— y los historiadores dependían de sus propias bibliotecas personales (en papel, no en PDF), de las que sus instituciones y ciudades proveyesen, del correo postal y de sus desplazamientos físicos por el mundo en busca de fuentes, libros y contactos con sus pares. Esto era hace solo cuarenta años.

La conferencia de la profesora Amaral es un diálogo —o confrontación, que en historiografía pueden ser perfectamente lo mismo— entre algunos de los principales historiadores del mundo antiguo —no todos—, la mayoría —no todos— aun considerados *actualizados* para la década de los años 70; todos, en cualquier caso, clásicos ya en los estudios sobre la Antigüedad, sobre lo que Eduard Meyer, historiador que abre el repertorio del texto de la profesora Amaral, refirió como “...el problema más interesante de toda la historia universal...”: Cómo explicarse la súbita desintegración política en el siglo V d.C., de una sociedad como lo fue la del occidente romano que, en el siglo anterior, y pese a sus múltiples problemas, había sobrevivido como una sociedad organizada y eficaz pese a los múltiples peligros que tuvo que sortear.

El texto de la conferencia distribuye, para su revisión brevemente crítica, —“brevemente” por razones obvias— a los autores confrontados, entre dos posiciones básicas: la de aquellos que ponen el acento en las causas internas, achacando el desmoronamiento del Estado romano a un proceso largo y creciente de decadencia política, económica e institucional que llevaría a la impotencia existencial, incluso ya antes de que los *bárbaros* le diesen el golpe de gracia, por un lado, y por otro, los que cargan las tintas en una creciente presión en las fronteras exteriores del imperio por parte de unos pueblos germánicos —al norte del Danubio y, sobre todo, al este del Rin— y un Imperio Sasánida, crecientemente hostiles y, en el caso de aquellos, cada vez más organizados militarmente tras generaciones de contacto y aprendizaje con el mundo romano.

El representante “extremo” de esta última opción es André Piganiol, quien aparece como el único que carga todas las tintas sobre la *guerra perpetua* a la que las invasiones sometieron a un Imperio en lucha por su supervivencia y transformación.

La descomposición interna, por su parte, aparece defendida por la mayoría de los autores citados, empezando por Eduard Meyer, para quién la desintegración interna viene caracterizada por la *coacción jurídica y la heredabilidad obligatoria de los oficios*, seguido por Ferdinand Lot, para quien la *regresión económica desde la crisis del siglo III* nunca pudo ser subsanada, haciendo que el Estado solo pudiese sostenerse por el despotismo y Mijail Rostóvtsev, quien sostiene que el Estado sufrió una suerte de *asalto desde adentro*, por parte de las clases inferiores sobre las superiores y sobre la civilización urbana (una suerte de “revolución” constante) que terminaría con el triunfo de los primeros y abriendo las puertas al aluvión de elementos bárbaros foráneos, por incapacidad de resistencia. Todos, como vemos, con diferentes matizaciones de gran interés para la crítica historiográfica.

Aunque tendientes ambos grupos a considerar a los *bárbaros* como la causa final de la caída del Occidente romano, podríamos ver, en el estudio comparativo de la profesora Amaral, una especie de *punto intermedio* o *sumatoria de factores*, que siempre resultan más adecuados a la realidad histórica que, en su complejidad, se resiste a

ser encorsetada en una única causalidad, en las posturas de Arnold Toynbee. Para éste la sociedad helénica, que para él toma cuerpo en su forma de Estado universal con el Imperio Romano, se “...infligió heridas mortales con sus propias manos...” a lo largo de varios siglos para acabar autodestruyéndose al incorporar a las filas de su ejército a elementos bárbaros que, simplemente, odiaban al imperio que les pagaba por encima de su amor al pago que recibían.

También merecen ser destacadas las tesis de Arnold Hugh Martin Jones, en esa búsqueda de *punto intermedio* por la Profesora Amaral de Lippolis, centradas en la comparación de las dos partes del imperio, tanto desde el punto de vista demográfico, como del económico, tributario político, social y militar e, incluso, tecnológico, señalando en todos los aspectos las ventajas de la parte oriental del Imperio sobre la occidental y que, a la larga, llevarían al colapso de ésta y a la supervivencia por otros mil años de aquella; especialmente, y como causa primera, las cargas fiscales —igual de onerosas a ambos lados del Imperio, pero con mayores posibilidades de sustentación en Oriente—, falta de mano de obra para el campo por un desplome de la natalidad, en condiciones de tecnología muy precaria que requería de un uso masivo de mano de obra humana para poder proveer al Estado, y sobre todo al ejército; no hablemos ya del conjunto de la población, de los recursos necesarios para su sustento. A esto añade Jones una inmensa y creciente cantidad de “...bocas inútiles...” tanto en Roma como en Constantinopla, sostenidas por cuenta del Estado, a costa de los elementos productivos del mismo. Todo esto lleva, de manera paulatina pero constante, a una pérdida del sentido cívico y, ya en lo que se refiere a la intervención de los bárbaros, a una casi total “...apatía defensiva...” tanto por parte del pueblo llano, como por parte de las élites responsables de la defensa.

Cierra la profesora Amaral su texto con Christopher Dawson y Moses Finley, ambos tomando partido por las invasiones como causa principal; aunque sin soslayar que el despoblamiento, la ínfima natalidad, los excesivos impuestos, etc., configuraron un “...círculo vicioso de calamidades...” que dio al traste con el Occidente romano.

En su evaluación final, la autora se decanta —y quien redacta estas notas de presentación también lo hace con ella— por una sumatoria de elementos:

Estamos ante un conjunto de hilos tan intrincadamente entrelazados y conectados que es difícil separarlos. En una palabra, las migraciones de los bárbaros forman un todo con una compleja situación interior.

Termina la profesora María Rosa Amaral de Lippolis, recordándonos que, en la actualidad, la transición entre el feneciente Mundo Antiguo y la naciente Edad Media, se estudia como un período en sí mismo, en el que no es posible trazar una cesura clara entre uno y otro —achacable principal o exclusivamente a las invasiones, por ejemplo— dado su carácter procesual, complejo y multifactorial, debiendo ser abordado como un complejo desarrollo entre los siglos III y VII d.C.

2. La conferencia

El Imperio romano fue la integración, en un vasto Estado, bajo un único poder público, de diferentes naciones, algunas de ellas primitivas, como las Galias o España, otras más avanzadas, civilizadas y ricas, como Egipto, Grecia, Siria.

En la época de Diocleciano, al final del siglo III d.C., el Imperio se extendía desde el Océano Atlántico hasta el curso superior del Éufrates, y desde la ribera de los ríos Rin y Danubio hasta el desierto del Sahara.

Cuando en el año 395 murió Teodosio I, el “Grande”, sus hijos, que eran entonces menores de edad, recibieron un poder nominal: Arcadio en Oriente, Honorio en Occidente. No era ésta la primera vez que se repartía el territorio del Imperio; pero desde este momento, la división del mundo romano en dos partes fue definitiva.

Durante los cincuenta años siguientes (primera mitad del siglo V d.C.) el Imperio romano de Occidente fue perdiendo la mayor parte de sus territorios. Britania fue evacuada por las tropas romanas. África Proconsular y Byzacena fueron ocupados por los vándalos. La parte de

Galia situada al norte del Loira ya no formaba parte del Imperio. En el interior de los territorios restantes, existían numerosos asentamientos de tribus germánicas, teóricamente aliadas de Roma: suevos, visigodos, burgundios, francos, alanos.

Hacia mediados del siglo V, luego del asesinato de Aecio, el vencedor de Atila y del asesinato del emperador Valentiniano III, la parte occidental del Imperio había quedado reducida, de hecho, a Italia y algunas determinadas regiones de Galia y de África.

Finalmente, en 476, mercenarios bárbaros intervinieron para dar el golpe final: conducidos por Odoacro depusieron al último emperador títtere. Fue la muerte oficial del Imperio romano de Occidente y un mundo de visigodos, merovingios y longobardos tomó la sucesión en España, en Galia, en Italia.

También durante la crisis del siglo III (entre 235 y 285 d.C.) habían arreciado los ataques germánicos a lo largo de la frontera noreste, combinados esta vez con las agresiones persas de la frontera oriental. Y entonces ocurrió lo increíble: un emperador romano es tomado prisionero por el gran Rey persa en 260. Los bajo relieves de Bichapur y de Naqahi Rustan conmemoran la victoria de Sapor I, quien aparece a caballo, sujetando con la mano a Valeriano, de pie.

Sin embargo, en esas circunstancias, cuando a una peligrosa situación en los distintos frentes se unió una compleja crisis interior, acompañada de movimientos separatistas, se logró restablecer la unidad del Imperio.

¿Cómo explicarse entonces la desintegración política de Occidente en el siglo V?

Por supuesto no se trata de tomar al año 476 aislado, como un hito que señale el límite entre dos edades. Lo que motiva perplejidad es el paso, en occidente de una sociedad organizada, como era el Imperio romano en el siglo IV, a la fragmentación del siglo V. Lo que llama la atención es el hundimiento de una estructura política si no ideal, por lo menos eficaz.

Ya a fines del siglo XIX, el historiador Eduardo Meyer, en una conferencia titulada “La evolución económica de la antigüedad”, se

refería a este singular fenómeno como “el problema más interesante de toda la historia universal”.

Según Eduardo Meyer “El fin de la antigüedad no se produce, ni mucho menos, por medio de una conmoción aniquiladora externa, sino mediante la desintegración interior de una cultura plenamente desarrollada y en esencia absolutamente moderna, proceso que se lleva a cabo en su propio seno”.

Más adelante, esboza brevemente las características de esa desintegración interior: “...aparece por doquier la coacción, la vinculación jurídica. Todas las profesiones, todas las posiciones de vida se convierten en hereditarias; la inmovilización de los oficios, profesiones y dignidades por el nacimiento, la restauración de los elementos sociales de padres a hijos... se extiende ahora, de arriba abajo, a todas las capas de la población. Y el orden vigente en la capital del Imperio se desplaza y transfiere a todas las ciudades que le forman...” Los decuriones responden ahora por las contribuciones de la ciudad, los terratenientes por el impuesto de capacitación de sus colonos, las industrias por sus tributos fiscales.

Alejandro Severo introduce la agremiación obligatoria y el deber de los hijos de los soldados a servir en filas, si no quieren perder las tierras de ellos, asignados en las provincias fronterizas. En el siglo IV, todas las corporaciones tienen carácter hereditario. A las mismas causas responden la consolidación obligatoria del trabajo en el campo. Surge así el colonato de los últimos siglos del Imperio: los colonos se convierten en campesinos vinculados a la gleba. Paralelamente a esto, asistimos a la vuelta a la economía natural en gran escala, tanto en la percepción de impuestos, como en el pago de la soldada y los sueldos. Ciertamente es que, en este punto, se observa una cierta mejoría a partir de Constantino.

Se cierra con ello el ciclo histórico de la antigüedad. Desaparecen la polis y el gobierno autónomo, y surge el Estado burocrático del Imperio bizantino. Bajo la nueva forma se estabilizan en Oriente durante todo un milenio el estado y la cultura. El occidente es arrebatado al Imperio y se hunde durante varios siglos en la más profunda barbarie...

Y termina Meyer insistiendo en que la desintegración se ha producido desde dentro.

Para Eduardo Meyer, como para otros historiadores a los que me referiré más adelante, la destrucción de la civilización antigua sólo se debió a factores internos. En el otro extremo, la tesis totalmente opuesta: el hundimiento se debió a crecientes presiones externas. Esta interpretación ha sido propuesta por André Piganiel en su obra *L'Empire chrétien*, publicada en 1947, con posterioridad a su *Historia de Roma*.

Es un error —escribe Piganiel— decir que Roma estaba en decadencia. Saqueada, desfigurada por los invasores bárbaros del siglo III, se levantaba de sus ruinas. Al mismo tiempo se realizaba, al precio de una gran crisis, un trabajo de metamorfosis interna: se formaba una nueva concepción del poder imperial, que es la de Bizancio; una nueva concepción de la verdad y de la belleza, que es la del Medioevo; una nueva concepción del trabajo colectivo y solidario al servicio de la sociedad. Y todos los males que sufría el Imperio, la fiscalidad mezquina, la ruina de las fortunas de las clases sociales, tiene su origen no ya en este fecundo trabajo de metamorfosis, sino en la guerra perpetua conducida por bandas desorganizadas de germanos, los que, en las fronteras del Imperio, habían logrado vivir siglos y siglos sin civilizarse todavía. Es demasiado cómodo pretender que a la llegada de los bárbaros todo el Imperio estuviera muerto y fuese un cuerpo sin fuerzas, cadáver sumergido en la sangre... o también que el Imperio romano de Occidente no haya sido destruido por un golpe mortal, sino que se haya amodorrado simplemente. La civilización romana no ha muerto de muerte natural. Ha sido asesinado.

Estamos frente a dos posiciones extremas, excluyentes. Cuando Piganiel afirma que es demasiado cómodo pretender que a la llegada de los bárbaros todo el imperio está muerto, está rebatiendo tesis como la de Lot, quien sostiene, en resumen, que “Exceptuada Bretaña una franja al oeste del Rin y al sur del Danubio, donde los elementos germánicos sustituyeron por entero a la Romanía, los bárbaros no destruyeron el Imperio romano de Occidente. El Imperio murió de

enfermedad interna. Durante los dos últimos siglos de su existencia, opuso una política de conservación implacable a las fuerzas económicas, sociales y étnicas que aspiraban a su disolución”. Pocas páginas antes había afirmado Lot que el Imperio romano, después de Dioclesiano y d Constantino (quien había logrado reconstruir la unidad), no era en el fondo más que una “ruina reparada”; que “...la decadencia económica apenas ha sido detenida y pronto volverá a imperar durante muy largos siglos”. O sea, que según Lot el mundo mediterráneo, en regresión económica desde el siglo III, no pudo soportar el peso de ese vasto y complicado mecanismo que era el Imperio romano: “Por una fatalidad inexorable el Imperio sólo puede subsistir por el despotismo y el despotismo ahoga toda espontaneidad vital, arruina al estado y lo conducirá fatalmente a su pérdida”.

Sin embargo, Lot no deja de mencionar la acción de otro fenómeno: el recrudescimiento de la presión de los bárbaros. Para él “El Imperio romano, a despecho de la regresión económica, de la imperfección política de su Constitución, de la decadencia general, hubiera podido continuar viviendo una vida más limitada, como tantos otros imperios que han arrastrado su existencia durante el curso de muchos siglos, si la lucha contra los bárbaros no hubiera dominado la vida del Estado a partir de la mitad del siglo II de nuestra era”.

Parecería como si Lot, en su obra *El fin del mundo antiguo y el comienzo de la Edad Media*, empezada en 1913 y terminada en 1921, oscilara entre una interpretación “...desde el exterior...” y otra interpretación “...desde dentro...”, para decidirse, en última instancia, por cargar el acento sobre la acción de agentes internos.

Pocos años después, otro investigador, Miguel Rostovtzeff, insiste también sobre los factores internos. En 1926 publica su *Historia social y económica del Imperio romano*. Esta historia, que ha sido considerada una obra maestra de la historiografía contemporánea, abarca solamente desde Augusto hasta Dioclesiano, o sea, NO estudia en profundidad los siglos IV y V d.C. Pero —nos dice— como “...del autor de una obra dedicada al Imperio romano suele esperarse que manifieste su opinión personal sobre aquel proceso histórico que ... suele denominarse decadencia y caída del Imperio romano...” expone, en las últimas páginas, su punto

de vista sobre el siguiente problema: ¿Por qué la civilización moderna hubo de ser edificada, con penosa labor, como algo nuevo, sobre las ruinas de la antigua, en lugar de ser continuación de la suya?

Para Rostovtzeff:

...en la evolución del mundo antiguo durante la época imperial resalta un factor determinado, y tanto en el terreno político como en los sectores económico, social e intelectual. Este factor es la absorción progresiva de las clases altas por las clases inferiores, acompañado de una nivelación gradual de sentido regresivo. Esta nivelación se cumplió de diversos modos. Hubo una lenta penetración de las clases inferiores en las superiores, que se demostraron incapaces de asimilar los nuevos elementos. Y hubo también violentas explosiones de discordia interior; las ciudades griegas dieron la señal y luego vino la guerra civil el siglo I a. de J.C., que se extendió por todo el mundo civilizado. De estas luchas salieron, en general, victoriosas las clases superiores y la civilización urbana. Pero dos siglos después una nueva explosión de guerra civil terminó con la victoria de las clases inferiores y asestó un golpe mortal a la civilización grecorromana de las ciudades. Por último, esta civilización quedó totalmente sepultada bajo el aluvión de los elementos bárbaros venidos de fuera, en parte por el camino de la penetración pacífica y en parte por el de la conquista; y hallándose en trance de muerte no fue capaz de asimilar siquiera una pequeña parte de estos elementos.

Luego, en una especie de paréntesis, pasa Rostovtzeff revista a varias soluciones propuestas, que analiza sintéticamente. Entre ellas, descarta por "...anticuada..." la idea de que la civilización antigua fue destruida por las invasiones bárbaras, idea que —sostiene— "...no debía intentarse poner de nuevo en circulación". También rechaza la explicación económica de la decadencia del mundo antiguo, que no fue la causa sino sólo uno de los aspectos de un fenómeno más amplio.

Por último, como según este autor ninguna de las teorías propuestas por distintos investigadores, hasta el momento de la publicación de su obra, explica por entero el problema de la decadencia,

termina refiriendo que “...el fenómeno principal del proceso de decadencia fue la absorción gradual de las clases cultas por las masas y la consiguiente simplificación de todas las funciones de la vida política, social, económica e intelectual, o sea aquel proceso al que damos el nombre de barbarización”.

Sus censores, Gelzer y Reichelcheim, juzgaron anticuado el punto de vista de una “...ruina del mundo antiguo...” A esto Rostovtzeff respondió en la nota (1) del capítulo III, en una edición posterior:

Indudablemente, el Bajo Imperio romano no es un puro y simple período de decadencia: es una fase de la evolución de la humanidad, y produjo muchos valores perdurables en los campos del arte, la literatura, la teología, etc. ... Pero mi esbozo tendía a hacer presente cómo en la época ulterior a Diocleciano el Imperio romano entró, en los aspectos económico y social, en una nueva fase, y como esta última había sido preparada por la evolución de la primera época del Imperio y por la crisis del siglo III. Gelser y Heichelheim están en lo cierto cuando afirman que en el período entre Diocleciano y Teodosio se observa por doquiera en el Imperio romano un cierto resurgimiento de la vida económica ... Pero tal resurgimiento fue de escasa duración y de limitada amplitud. La presión ejercida desde arriba continuó siendo el rasgo característico de la época: basta leer las quejas de los curiales ... Y no podemos por menos de buscar la causa de *breve* duración del resurgimiento económico, no en la ineptitud o la maldad de los emperadores; sino, *inter alia* en el sistema fiscal creado por Diocleciano.

En realidad, Rostovtzeff no había dejado de mencionar aunque brevemente de los aspectos que caracterizan la civilización del bajo Imperio: el fenómeno religioso. “En este sector —dice— se mantenía aún viva la energía creadora del mundo antiguo; así lo demuestran resultados tan magnos como la constitución de la Iglesia cristiana, la adaptación de la teología cristiana al nivel intelectual de las clases altas y la emergencia de una vigorosa literatura cristiana y de un nuevo arte cristiano”.

Es decir, que para Rostovtzeff, en relación con las dificultades internas, el enfrentamiento entre soldados-campesinos y clases altas

urbanas habría sido el factor determinante de la crisis del Imperio romano. Pero no deja de reconocer los aportes valiosos del Bajo Imperio en los campos de la religión, del arte, de la literatura. Su idea de decadencia quedaría entonces, amortiguada, circunscrita al campo social, en la edad romana.

La idea de una iglesia universal, junto con la idea de un Estado universal, es el tema central del “Estudio de Historia”, de Arnold Toynbee.

Entre paréntesis, tiene que perdonar que me refiera de manera muy breve a la obra tan vasta, tan complicada, tan llena de “excrecencias vegetativas”, como dice Ortega y Gasset.

He incluido a Toynbee porque en su estudio comparativo de las distintas sociedades (o civilizaciones), cada una de las cuales constituye un paradigma en el prototipo de un Estado universal, al que podemos observar desde su cuna hasta su sepultura.

Con estas salvedades sigamos adelante.

Según Toynbee, los mismos estadios, con los mismos caracteres, se repiten siempre: una civilización comienza con una migración de pueblos menos cultos (utiliza el término *Völkerwanderung*): estos pueblos constituyen el “proletariado externo”, que actúa en unos siglos caóticos de “interregno”, a los que siguen otros de formación y desarrollo, tras de los cuales vienen unos “tiempos revueltos, los cuales, a su vez, finalizan en que una de las naciones integrantes de la civilización crea un “Estado universal” y con ello una *Pax*, en la que germina una religión universal originada en el “proletariado interno” de esa civilización y después de la última derrota, en la cual la civilización en desintegración finalmente se disuelve, una Iglesia universal sigue viviendo y se convierte en la crisálida de la que emerge una nueva civilización.

Para cualquier investigador de la historia occidental, estos fenómenos le son familiares: uno de estos fenómenos es el Estado universal (el Imperio romano) en el que cobró cuerpo la Sociedad helénica, en una sola comunidad, en la última fase de la historia helénica.

El Imperio romano —dice Toynbee— estuvo inmediatamente precedido por unos tiempos revueltos, que llegan por lo menos hasta la segunda guerra púnica, en los que la Sociedad helénica no era ya creadora y se hallaba evidentemente en desintegración, una desintegración que el establecimiento del Imperio romano detuvo durante algún tiempo; pero que demostró al fin ser el síntoma de una enfermedad incurable que destruyó a la Sociedad helénica y al Imperio romano con ella. A su vez, la caída del Imperio romano fue seguida por una especie de interregno entre la desaparición de la Sociedad helénica y el surgimiento de la Occidental.

Antes de seguir adelante, quisiera hacer dos aclaraciones. En primer lugar, con referencia a los tiempos revueltos de la Sociedad helénica, Toynbee a veces dice que se remontan “...por lo menos hasta las segunda guerra púnica...”; pero otras veces reconoce que en la Civilización helénica el inicio de los tiempos revueltos “...puede fecharse con peculiar exactitud en 431 a.C.”, con el comienzo de la Guerra del Peloponeso, o sea, más de dos siglos antes que la compañía de Aníbal. En segundo lugar, la palabra *proletariado* Toynbee la emplea para designar cualquier elemento o grupo que en algún modo está **EN**; pero no es **DE** una sociedad determinada, en un período determinado de la historia de esa sociedad.

Ahora seguimos. Habíamos quedado en que la caída del Imperio romano fue seguida por una especie de interregno:

Este interregno —continúa Toynbee— está ocupado por las actividades de dos instituciones: la Iglesia cristiana y determinado número de efímeros Estados-sucesores que surgieron (en el territorio del Imperio) de la llamada *Völkerwanderung* de los bárbaros desde la “tierra de nadie” ... Hemos descrito ya estas dos fuerzas como el proletariado interno y el proletariado externo de la Sociedad helénica ... Aunque difiriendo en todo lo demás, coinciden en su apartamiento de la minoría dominante de la Sociedad helénica, las clases dirigentes de la antigua sociedad, que había perdido el rumbo y cesado de dirigir. En efecto, el Imperio cayó u la Iglesia sobrevivió, porque la Iglesia dio

dirección y conquistó adhesión, mientras que el Imperio había fracasado hacía tiempo en hacer una cosa y otra. Y así, la Iglesia, una supervivencia de la sociedad muriente, llegó a ser la matriz en la cual nació a su tiempo la nueva.

En resumen, según Toynbee, la Sociedad helénica se infligió heridas mortales por sus propias manos, durante los tiempos revueltos, que ubica entre 431 a.C., cuando comienza en Grecia la Guerra del Peloponeso y el establecimiento del Estado universal por Augusto en 31 a.C., cuatrocientos años después. El establecimiento de la Paz romana por Augusto pareció, en ese momento, haber dado de nuevo al mundo grecorromano bases firmes, después de haber sido sacudido durante varios siglos por la guerra casi permanente. Pero la restauración de Augusto probó no ser más que un respiro. Después de dos siglos y medio de una tranquilidad relativa, en el siglo III d.C., el imperio sufrió un colapso del que nunca se recuperó totalmente y en las crisis de los siglos v y vi d.C., se desintegró definitivamente.

Hemos visto que Toynbee se refiere a “herida auto-infligidas” y que niega que los bárbaros hayan dado el golpe de muerte a la sociedad helénica. Pero, en realidad, las cosas no son tan sencillas.

Toynbee compara el LIMES militar aislador, la frontera a lo largo de los ríos Rin y Danubio, con una presa de contención.

La línea a lo largo de la cual se estableció la frontera militar entre el Imperio romano y los bárbaros durante los cuatro siglos que siguieron a la derrota de la selva de Teutoburgo en el año 9 d.C., cuando las legiones fueron aniquiladas por tribus germánicas, era una línea sobre la cual, según Toynbee, “...el ejército romano tuvo que aumentar progresivamente sus fuerzas numéricas para compensar el progresivo aumento de la eficacia militar de los bárbaros de más allá de las fronteras, que aquél tenía el deber de mantener a raya”.

El *crescendo* —dice Toynbee— de las guerras de fronteras debilita a la civilización empeñada en esas guerras al someter su economía monetaria a la carga creciente de impuestos. Por otra parte, tal *crescendo* no hace sino estimular el apetito militar de los bárbaros.

Y más adelante añade:

Para los hijos de una civilización en desintegración, las guerras de frontera interminables significan el peso cada vez mayor de cargas financieras. Para los bárbaros esas mismas guerras no son sino una oportunidad, no son motivos de ansiedad sino de regocijo. En tal situación no es sorprendente que la parte que es autora y también víctima del LINES no se resigna a su suerte sin recurrir al expediente supremo de alistar al adversario bárbaro en sus propias filas.

Este expediente precipita en realidad —opina Toynbee— la catástrofe. Esta política:

...inició a los bárbaros en el arte romano de la guerra y al mismo tiempo les mostró la debilidad del Imperio ... Cuando estos mercenarios bien instruidos se pasaron en masa al otro bando, no sorprende que a menudo hayan sido los que dieron el golpe de gracia al vacilante Imperio.

¿Por qué, se pregunta Toynbee, se volvieron contra sus amos, si la paga que recibían era más lucrativa y más segura que el botín que podían obtener en ocasionales incursiones?

La respuesta es, según Toynbee, que “...el hombre rara vez se comporta primariamente como *homo economicus* y la conducta del mercenario traidor está determinada por un impulso más fuerte que todas las consideraciones económicas. El hecho es que odia al Imperio cuya paga recibió.”

Me tiene que disculpar que me haya detenido más de la cuenta en esta parte de la interpretación de Toynbee; pero me interesaba señalar que en esta oportunidad nos dice que los bárbaros dieron el golpe de gracia del Imperio.

Como verán, nos seguimos moviendo entre dos actitudes frente a la desintegración del Imperio romano: migraciones bárbaras por un lado, dificultades interiores por otro. Y aunque para Toynbee la Sociedad helénica se autodestruyó, los bárbaros, esos “...buitres alimentados de la carroña...” de un cadáver, constituyen con su Edad Heroica el epílogo de dicha sociedad.

Para terminar, nos referimos a las causas de la caída del Imperio romano de Occidente según el historiador A.H.M. Jones, autor de *The*

Later Roman Empire, 3 volúmenes, Oxford, 1964. Nosotros no hemos podido consultar esta obra; pero sí una versión abreviada y simplificada de la misma, sin sus notas y apéndices, publicada en francés en 1970 con el título de *La déclin du monde Antique (284-810)*.

Como las causas de la caída del Imperio romano de Occidente es el siglo V d.C. han sido objeto de discusiones interminables; pero siempre desde el punto de vista de occidentales, que no han tenido lo suficientemente en cuenta el hecho de que el Imperio de Oriente se hundió muchos siglos después, Jones comienza por investigar en qué eran diferentes las dos partes del Imperio.

En primer lugar, las provincias occidentales estaban mucho más expuestas a los ataques de los bárbaros. Sobre todo, si el emperador de Occidente cesaba de mantener las fronteras del Rin y del Danubio en un punto cualquiera, no había una segunda línea de defensa: los invasores podían penetrar directamente en Italia y en Galia, y aún en España. En cambio, si el emperador de Oriente tenía dificultades en el curso inferior del Danubio, sólo perdía el control de las diócesis europeas porque ningún enemigo podía forzar el Bósforo y el Helesponto, defendidos por Constantinopla. De tal manera que Asia menor, Siria y Egipto estaban protegidos de invasiones.

En segundo lugar, las provincias de Oriente estaban sin duda más pobladas, cultivadas más intensivamente y eran más ricas que las provincias de Occidente. Los hallazgos arqueológicos han revelado que numerosos territorios hoy desérticos o abandonados de Siria y de Asia Menor estaban habitados y cultivados al final del Imperio Romano, mientras que una gran parte de las tierras más fértiles del norte de Galia y de Bretaña estaban entonces cubiertas de bosques.

Oriente gozaba de una mayor estabilidad política y sus recursos no fueron malgastados en guerras civiles. Desde el advenimiento de Dioclesiano en 284 hasta la muerte de Mauricio en 602, sólo cinco usurpadores intentaron tomar el poder. Todos ellos se sometieron rápidamente, sin que el Imperio sufriera mucho. Por el contrario, Occidente soportó muchas usurpaciones.

Las estructuras sociales y económicas de Oriente eran más sanas que las de Occidente. En Oriente muchas tierras eran propiedad de

campesinos que no tenían que pagar impuestos, de tal manera que una gran proporción del producto total de la agricultura pasaba a dichos campesinos. En Occidente, por el contrario, una parte mayor de las tierras estaban en poder de sus impuestos, de tal manera que la masa de los campesinos era más pobre. Esto explica las revueltas de Galia y España, que inmovilizaron a veces tropas que se necesitaban urgentemente en otras partes.

Otra consecuencia de esta diferencia de estructura social fue que en Occidente la aristocracia terrateniente se aseguró el control de la administración. Esto resultó nefasto, porque el Imperio debió aguantar administradores incompetentes y que no hicieron nada para impedir que los derechos exorbitantes exigidos por los burócratas contribuyeran a aumentar el peso de los impuestos. Eran muy acomodaticios con aquellos que pertenecían a su clase social y demostraron poca energía para reducir el número de exenciones, reducciones o moratorias de impuestos. En Oriente, por el contrario, la máquina administrativa estaba en manos de hombres pertenecientes a la clase media que debía su posición al gobierno imperial. Éstos mantuvieron los gastos correspondientes a la percepción de impuestos dentro de límites muy razonables y anulaban periódicamente las reducciones acordadas a los propietarios. Una mayor parte del producto total de la agricultura ingresaba así en el tesoro imperial, sin que los burócratas y los grandes propietarios pudieran cometer los mismos abusos que en Occidente.

Luego se plantea Jones, en cuanto a las presiones ejercidas por los bárbaros en la frontera romana, ésta fue atacada por primera vez bajo Marco Aurelio. A mediados del siglo III las tribus germánicas se tornaron más agresivas. Los emperadores del final del siglo III consiguieron restablecer la frontera pero desde entonces ésta fue mantenida sólo con grandes esfuerzos. Durante el tercer cuarto del siglo IV las presiones ejercidas sobre el Imperio redoblaron y se calcula que el ejército romano de Occidente perdió entonces dos tercios de sus efectivos.

La separación administrativa del Imperio se hizo en detrimento de las provincias occidentales. A partir de Diocleciano. Estas provincias,

relativamente pobres, debieron contentarse con sus propios recursos, recibiendo de Oriente sólo una ayuda esporádica.

Para mantener a raya a los bárbaros, cuyas presiones eran cada vez más fuertes, las dos partes del Imperio aumentaron considerablemente sus efectivos, sin duda al doble. Es difícil decir hasta qué punto conservaron el alto nivel de eficacia alcanzado por el ejército del Principado; pero los oficiales eran en general calificados. En los siglos IV y V tropas romanas vencieron a hordas bárbaras que eran claramente superiores en número.

En segundo lugar, en cuanto a las cargas económicas impuestas por el aumento de los efectivos del ejército, dejando al Imperio sin recursos, trajo inconvenientes. Puede parecer exagerado decir que un Imperio tan vasto apenas podía alimentar, vestir y armar unos 300.000 hombres más; pero no hay que olvidar que, dice Jones, el Imperio tecnológicamente era aún más atrasado que la Edad Media. Con sus métodos de agricultura, de producción artesanal y de transportes primitivos, se necesitaban mucho tiempo y mucha mano de obra para producir los alimentos, para tejer, para fabricar armas y para transportar todo esto hasta las fronteras. Fue necesario aumentar los impuestos y para percibir estos impuestos más pesados, fue necesario contar con más funcionarios, lo que aumentó aún más el peso de los impuestos.

Las cargas fiscales fueron probablemente la causa primera de la declinación económica del Imperio. Las tierras poco fértiles, que no daban a su propietario lo necesario para pagar impuestos, dejaron de cultivarse. Parece que la población disminuyó. Este es uno de los problemas más controvertidos, aunque hay signos inequívocos de una falta crónica de mano de obra agrícola. Esta escasez de mano de obra no se debía al abandono del campo para ir a vivir a la ciudad, el movimiento se hacía más bien a la inversa. Seguramente, la necesidad de reclutas agravaba el problema, pero podemos pensar que en el campo había menos mano de obra porque los campesinos, después de pagar los impuestos, no tenía con qué mantener a sus familias; además, cuando las cosechas eran malas o el enemigo devastaba la región, muchos apenas tenían qué comer o morían de hambre.

En teoría, el Imperio hubiera podido reducir las cargas económicas suprimiendo gastos inútiles. Gran número de soldados ociosos o ficticios y de funcionarios superfluos eran mantenidos por el Estado, que alimentaba además 120.000 ciudadanos en Roma y 80.000 en Constantinopla.

De hecho, la verdadera causa de la declinación económica del Imperio fue el aumento del número de bocas inútiles, según Jones: senadores, decuriones, funcionarios, cristianos, soldados, ciudadanos de las capitales, con relación al número de productores. Los impuestos resultaron aplastantes para los campesinos. Con respecto a la Iglesia cristiana, dice que impuso una nueva clase de bocas ociosas sobre los recursos del Estado. Y en cuanto a los curiales, a pesar de sus quejas, los ubica en el campo de los explotadores.

No hay que olvidar, insiste Jones, que las cargas económicas eran tan pesadas en Occidente como en Oriente, donde la población también disminuyó. Pero oriente tenía más reservas en productos agrícolas y en mano de obra.

Otro aspecto que hay que tener en cuenta fue la apatía de la población, de arriba debajo de la escala social, ante las dificultades defensivas del Imperio. En esto concuerdan las opiniones de los investigadores, entre ellos Jones. Parece que en general los miembros de las clases superiores o bien huyeron o permanecieron en el lugar y colaboraron con los reyes bárbaros. No es que tomaron la iniciativa de traicionar; sino que aceptaron pasivamente su situación. Las clases pobres manifestaron la misma inercia. Los habitantes de una sociedad la fortificaban; pero solamente para evitar que fuera saqueada y se rendían, en la mayoría de los casos, si se garantizaba su protección. Los campesinos, muchas veces, huían pera de pánico; pero en general aceptaban pasivamente su suerte.

También en Oriente fueron raros en este aspecto los casos de iniciativa personal.

Pero no era un fenómeno nuevo. Según lo que sabemos, los habitantes de las provincias habían siempre observado una actitud pasiva con respecto al Imperio: no se sentían obligados a una lealtad

activa. Se ha dicho —agrega Jones— que la división de la población en clases hereditarias había engendrado inercia y descontento. Es cierto que muchos trataron de escapar de sus obligaciones hereditarias; pero esto no es prueba de descontento general. Por otra parte, parecería que se ha exagerado la extensión de la rigidez del sistema de clases, el cual era común, hay que hacerlo notar, a Oriente y a Occidente.

Es indudable que el sentido cívico se perdió poco a poco en el bajo Imperio romano, aunque tanto en Oriente como en Occidente.

Y termina afirmando Jones que el Imperio de Occidente debió su caída a las presiones siempre crecientes ejercidas por los bárbaros, convergentes sobre la mitad occidental del Imperio.

Este análisis de Jones de las causas de la desintegración del Imperio romano en Occidente es interesante porque ha ido descartando, con cuidado, todos aquellos aspectos que eran comunes a las dos partes del Imperio, o que no eran nuevos. Nos parece muy útil para clarificar ideas, aunque realizando un estudio en profundidad se podrían tal vez encontrar puntos cuestionables. Y resulta demasiado abrupta la afirmación final, terminante, de que los bárbaros provocaron la caída de Occidente.

Recordemos que hace ya varias décadas Christopher Dawson, en un ensayo titulado *El Occidente cristiano y la caída del Imperio*, escribía:

Existía una tendencia entre los historiadores modernos (se refería a la época anterior a la segunda guerra mundial) a restar importancia a las invasiones; pero realmente se hace difícil exagerar el horror y el sufrimiento que comportaron. No era la guerra como la entendemos nosotros; sino el latrocinio en amplia escala sobre una población pacífica y casi indefensa. Significaba el saqueo de las ciudades, la matanza y la esclavitud de poblaciones enteras y la devastación de las comarcas.

Más recientemente, Finley, en su artículo “Población y la caída de Roma,” piensa que era físicamente imposible para 600.000 hombres proteger una frontera tan extensa. Además, agrega: “...estaban soportando un martilleo permanente y es inútil hablar de ajustarse el

cinturón y de trabajar 7 días por semana durante un período de 200 años.” Para colmo la población no crecía:

En el Bajo Imperio el despoblamiento era parte de un complejo de condiciones sociales que, junto con las invasiones, puso fin al Imperio en Occidente. El ejército no se podía agrandar porque la tierra no podía cultivarse si se le quitaban los campesinos; la situación del campo se había deteriorado porque los impuestos eran excesivos; los impuestos eran muy altos porque las exigencias militares iban en aumento; y de esto las presiones germánicas eran las principales responsables. Se había entrado en un círculo vicioso de calamidades.

Haciendo un balance de todas las tesis presentadas, no podemos dejar de reconocer que las migraciones de los bárbaros, presionando sobre una frontera tan extensa, durante tanto tiempo, han desgastado al Imperio de Occidente.

Pero sería esquematizar en extenso reducir la interpretación del proceso de desintegración, con todas las complejidades que implica, a la situación política exterior.

Tampoco parece correcto negar importancia a los movimientos migratorios, insistiendo solamente en los factores internos, políticos, económicos, sociales. Estamos ante un conjunto de hilos tan intrincadamente entretreídos y conectados que es difícil separarlos. En una palabra: las migraciones de los bárbaros forman un todo con una compleja situación interior.

Por otra parte; no se puede establecer de manera tajante una falsa línea divisoria entre la antigüedad y la edad media, que impida captar el proceso que lleva de una a otra sociedad en Occidente; fin del mundo antiguo, formación del mundo medieval. El período que se extiende desde el siglo III hasta el siglo VII d-C. hoy se tiende a estudiarlo en su conjunto.

Mérida, 1977.